

# CONCEPTO DEL EXISTENCIALISMO: SUS PROS Y CONTRAS

Por el P. Mtro. Fr. MARTIN ORTUZAR  
MERCEDARIO

**H**ASTA ahora decíamos el común de los mortales que todas las cosas tenían un modo de ser propio, o naturaleza, y obraban según esa naturaleza, que llevaba a bordo potencialidades o dispositivos para determinadas operaciones. Así las plantas con sus semillas, los animales con sus instintos, y dominándolo todo, el hombre, precisamente porque obra por inteligencia. Para el existencialismo, el hombre en sí y las cosas en sí mismas son inaccesibles, no tienen sentido, según lo dijo ya Kant. Las esencias todas quedan absorbidas en la existencia humana, tomada ésta en un sentido dinámico u operativo. Pero si por una concesión se habla de la esencia del hombre, los nuevos pensantes dicen que es un *noch-nicht*, nada definitivo, sino pura contingencia o acontecer que se va haciendo, modificación pura sin algo modificado. Es el *panta-rei* de Heráclito.

Echan mano del análisis fenomenológico para aclarar un poco este mar turbio. Por este método se descubre que el hombre es *ser en el mundo*. Pero el mundo no es una adición al hombre, sino que constitutivamente es o existe en el mundo. *Ser en el mundo* no es una modalidad pasiva, como la del que mira un paisaje, sino una actitud activa frente a ese mundo, con el que está ligado constitutivamente. Es una actitud fabril. *Ser en el mundo*, pues, significa la proyección de posibilidades de acción sobre el contorno, entre las que se debe elegir. Así se entiende mejor el *noch-nicht* (aún no) heideggeriano.

El mundo no tiene sentido, sino como instrumento o sistema de instrumentos al servicio de la actividad humana.

El hombre es quien da al mundo la verdad o el sentido, kantismo evidente, o sea, la verdad es una forma trascendental, extraña al mundo. El hombre transforma el caos ininteligible del mundo en un sistema de proyectos a realizar, y en ese sentido le da el *ser*, que dice Heidegger, pues por definición ese *ser* es tan sólo relativo al hombre. De modo que las cosas mundanas se nos presentan inteligibles tan sólo en cuanto son útiles a mi tensión activa. Independientes de esa utilidad no tienen significación, son ininteligibles. Así, sólo conocemos la vaca en cuanto nos da leche o carne fresca para la parrilla.

Según estos señores, cuando decimos que la vaca es un ser vivo, que siente, que tiene capacidad concupiscible o irascible, es decir, que le agradan ciertas cosas y otras le repugnan violentamente; cuando decimos todo esto, no hemos dicho nada que tenga sentido.

Por brevedad necesaria, nos basta este aspecto fundamental del existencialismo. Obsérvese de paso que, por confesión

archirrepetida, tratan estos señores de evitar todo lo que sue-  
ne a definición o argumento, ¡y, no obstante, acaban colo-  
cándonos una definición formal del hombre!: el hombre es  
la mundanidad misma, con sus predicados de temporalidad,  
finitud, caducidad, que conviene a todo, y sólo el hombre.  
¿Qué nos importan ya los estados afectivos de preocupación,  
cuidado y angustia, tan meticulosamente descritos por Hei-  
degger?

Todos los supuestos del existencialismo están ya presen-  
tes en Kierkegaard con casi un siglo de anticipación. No voy  
a detenerme en esto.

Lo que ha hecho Heidegger es sistematizar los motivos  
especulativos del pastor danés, sacando piedra de las cante-  
ras a mano, fenomenología de Huesserl, historicismo de Del-  
they, formalismo de Kant, vitalismo de Nietzsche, Max Sche-  
ler..., con lógica que va hasta las últimas consecuencias.

Conocidos son los existencialistas temáticos Heidegger y  
Jaspers, en Alemania; Marcel, Lavallo, Sastre, en Francia;  
Abgnano, en Italia, y los teólogos protestantes suizos Karl  
Barth y Emil Brunner. En España hemos tenido a Unamuno,  
tan influido por el pastor danés, y a Ortega, de quien dire-  
mos que, por lo menos, admite todos los supuestos del exis-  
tencialismo, como su discípulo Julián Marias (1).

Es visible cierta influencia difusa de estas ideas en Espa-  
ña. Son gentes que no han intensificado temas filosóficos ni  
en un sentido ni en otro, y, según mis observaciones, se mue-  
ven entre los cuarenta y sesenta años. Algunos llaman a la  
filosofía pura problemática o crisis total. En este nivel filo-

---

(1) El Sr. Ortega afirma que la expresión *Yo soy y mi circunstancia* acondensa todo  
su pensamiento filosófico, y a la vez contiene todo el ideario heideggeriano. (*Obras*, edi-  
ción 3.ª, 1943, pág. 1.402.)

sófico predomina la atracción de la moda. Hay ese gusto por las aglutinaciones o palabras compuestas, por esos infinitivos unidos a un adverbio, que dan la impresión de una frescura virginal, de un primer contacto con la existencia personal. *Beatería*, decía un literato a propósito de un tema concreto de arte, sin tener en cuenta la inmensa implicación de la palabra, que va mucho más allá del arte. Exponiendo yo una razón visible en tema de cierta altura especulativa, oí esta frase: «Eso es racionalismo.» El contexto de esa palabra o consigna es que la realidad toda es irracional. Me sirvió de consuelo el observar la edad del objetante. Todas las filosofías modernas son pródigas en cosas de razón, y no reparan en contradicción más o menos.

Actitud opuesta *per diametrum* a la del magisterio de la Iglesia, que es y siempre ha sido muy avara en ceder ni la mínima partícula de razón, por poco aparente que fuera. Por algo es indefectible o inmortal.

Y vamos a hacer una operación valorativa del existencialismo. En otra parte he hecho ver que hay algo bueno en el existencialismo, y es el empeño urgente de recabar para el conocimiento su carácter inmediato; reacción saludable contra el racionalismo de Descartes, que había roto el puente de comunicación entre la inteligencia y el mundo. En su punto de partida, o por lo menos en su resolución final, el conocimiento debe ser inmediato.

Aparte de eso, el análisis existencial ha contribuido con datos bien observados a enriquecer la vieja teoría del acto humano, en su fase práctica o ejecutiva, por supuesto, sin modificación alguna en la línea especulativa, pues estaba bien fundada en una fenomenología serena y sin angustias. Esta

es toda la aportación del existencialismo a la filosofía, que los siglos han establecido sobre bases incommovibles.

Pero lo positivo no compensa, ni remotamente, la parte negativa. El saldo es de desastre.

Heidegger empieza su obra maestra del existencialismo, *Sein und Zeit*, preguntando sobre el ser y su sentido, con absoluta universalidad, sin limitación alguna. Así es como hay que comenzar, pues la metafísica es eso, la consideración del ser como tal, aunque otra cosa aparenten los prestidigitadores del pensamiento. Pero pronto se desvanece la ingenuidad del filósofo de Friburgo, trabajado por obsesiones antiguas.

El ser que tiene el poder de hacer esa tremenda pregunta merece especial atención, pues revela una capacidad infinita, en vivo contraste con su finitud espaciotemporal. Es capaz de hacer enunciados sobre el ser como tal tan realistas, que van más allá de la distinción de sujeto y objeto, pues en ambos es inmanente y a ambos trasciende; más allá de la distinción de lo abstracto y de lo concreto, pues fuera de su consideración no queda sino la nada. Esa enorme capacidad humana se llama *inteligencia*. Pues bien: según Heidegger, queda prohibido hacer uso de esa capacidad analógica, por exigirle así un prejuicio kantiano y el método correlativo. De esta manera, el halago inicial de centrar toda la atención en el ser que es capaz de formular aquella interrogante, se convierte en cruel ironía. La visión del mundo o del ser del mundo se debe realizar a través de lo que queda en el hombre después de despojarle de su inteligencia, es decir, a través del prisma de las sensaciones e instintos. El método fenomenológico descriptivo de vivencias es muy útil, pero practicado con ingenuidad, serenidad y paciencia; pero cuando se opera con una previa obsesión, la fenomenología es maleable

según el sentido de la obsesión. Las obsesiones se suelen producir en el hombre por el predominio del elemento concupiscible o irascible. La obsesión de Heidegger es del tipo irascible, del mismo tipo que las de Don Quijote; la de aquél es reacción dura contra todos los sistemas anteriores; la de Don Quijote es contra los malandrines que hacen entuertos y aprisionan damas. En cambio, las obsesiones de Sancho provienen del predominio de lo concupiscible, como es evidéntísimo.

Si Heidegger se hubiera atenido al papel descriptivo de la fenomenología, nada hubiéramos objetado. O si hubiera respetado la integridad del hombre, dando al tema humano la amplitud proporcional a la característica pregunta que es capaz de hacer, otra hubiera sido mi actitud.

De lo dicho se sigue como corolario la constitución historicista de la verdad. Como en la escena visible todo cambia, así cambia la verdad. La verdad sólo es un valor pasajero de una vitalidad *in fieri*. Antes que otros posteriores, ya Kierkegaard había definido que la verdad carece de valor si no es útil para la vida. La razón de utilidad cambia con el contorno y con el tiempo, y así nunca habrá una verdad definitiva.

Me limitaré, por mi parte, a observar que una cosa es el conocimiento exhaustivo de las realidades mundanas, y otra muy distinta el negar la afortunada posesión de unas cuantas verdades que en su sobrio esquematismo abarcan al mundo entero. Así, distinguíamos perfectamente el mundo espiritual y el físico, su oposición irreducible; el mundo libre y el determinista; que el devenir y la contingencia de lo humano y extrahumano lleva *in visceribus* la necesidad de una Inteligencia Creadora. La fuerza de estas sencillas verdades

es mucho más grande que el mundo y todos los mundos posibles.

Otro corolario: el existencialismo como tal es esencialmente ateo. El ser de Dios o la existencia y naturaleza de Dios queda fuera del esquema existencialista, por la exclusión de la capacidad que define al hombre como esperitual. No es menester entretenernos en lo que entienden por trascendencia Heidegger y Jaspers, pues lógicamente dicen que no es más que un modo de la existencia intramundana. Esto no tiene nada que ver con el hecho de que haya ciertos existencialistas que, por ser católicos, nunca admitirían el ateísmo, como Marcel, Lavall... En virtud de su fe admitirán a Dios, pero en cuanto filósofos se hallan en vía muerta. Han querido resolver el problema de Dios suponiendo las tesis de moda, y han caído en un ontologismo, imposible por la razón y rechazado por la Iglesia.

Es lástima que Zubiri, tan fino en muchos aspectos por su gran conocimiento de la filosofía griega, haya hecho gala de ese intuicionismo fideísta e irracional. Como en Heidegger el hombre está constitutivamente abierto al mundo, así el hombre está religado constitutivamente a Dios, según el modo del *yo* existencial de Kierkegaard, pues es Dios quien le *hace ser*. «Existir en una de sus dimensiones, es *estar*, habiendo ya descubierto a Dios en nuestra religación», dice en su *Naturaleza, Historia, Dios*, pág. 441. Pero este descubrimiento es anterior a las pruebas racionales o metafísicas de la existencia de Dios, según declara el autor. Con toda evidencia parece un conocimiento inmediato de Dios, lo que se llama el ontologismo, que hemos calificado antes. Es verdad muy antigua que el hombre existe por virtud de Dios, su Creador; por lo mismo, el hombre, como todo ser creado, está

constitutivamente religado a Dios, es una relación trascendental de dependencia respecto a Dios; pero esto lo sabemos por discurso de la facultad analógica, no inmediatamente, como las primeras verdades naturales.

Filosofía pura, onticamente neutral, llama Heidegger a su metafísica del existente humano. La mejor refutación de esa posición obsesionante nos la da el propio autor del *Sein und Zeit*. Hay algunas docenas de definiciones, donde se exhiben determinaciones esenciales a cargo del existente, que, por tanto, deja de ser neutral otras tantas veces. ¡Qué malabarismos! Desde el momento que se quiere enseñar algo, tal neutralidad es imposible. Una de las tres funciones del lenguaje, dice finamente Karl Buhler en su *Sprachtheoric*, es el *Appell*, o apelación al oyente, y esa apelación es imposible si no se dice algo inteligible, que excluye la neutralidad.

Más que todos los artificios teorizantes valen las dos preguntas que un niño de tres años hacía a su padre muy pocos días ha. Iba en los brazos de su padre, que le explicaba cosas que no se oían bien. «¿Qué es eso?», decía el niño, y después añadía: «¿Por qué?»

Como se ve, la metafísica, la difícil metafísica, nace con el hombre, y la naturaleza no se puede destruir. Hay que enseñar a los jóvenes las implicaciones de esos juicios fecundos, que determinan el desarrollo de un conocimiento, llámeselos sintéticos o de otro modo. Cuando la inteligencia aprehende cualquier objeto experimental, obsérvese su movimiento, cómo va mucho más allá de los límites de la limitada escena y recorre toda la línea de ser, hasta dar con la justificación de lo que ha motivado su atención.

Cuando se ve un escritorio muy artístico, lo natural es saber el nombre del artista. Pues ahora resulta que está pro-



hibido hacer esa diligencia; lo único que está permitido es hacer una descripción en conjunto y detalle de la mesa. Con tales filosofías es inevitable la decadencia y la ruina. Un buen conocedor de la cultura moderna de Europa explicaba hace poco que el progreso último de la ciencia alemana estaba determinado por la infusión vital de algunos principios de índole metafísica, tomados de sus grandes poetas. En particular, hablaba del principio de finalidad, esencialmente metafísico. Mientras la ciencia alemana se movía dentro de los postulados del positivismo y determinismo, no daba un paso, le faltaban alas para volar. Apliquémonos la lección.

